

## LA PALABRA EN EL AIRE

(Poemas de Ángel González, cantados por Pedro Guerra y recitados por Ángel González)

### Para que yo me llame Ángel González

*(Ángel González)*

Para que yo me llame Ángel González,  
para que mi ser pese sobre el suelo,  
fue necesario un ancho espacio  
y un largo tiempo:  
hombres de todo mar y toda tierra,  
fértiles vientres de mujer, y cuerpos  
y más cuerpos, fundiéndose incesantes  
en otro cuerpo nuevo.  
Solsticios y equinoccios alumbraron  
con su cambiante luz, su vario cielo,  
el viaje milenario de mi carne  
trepando por los siglos y los huesos.  
De su pasaje lento y doloroso  
de su huida hasta el fin, sobreviviendo  
naufragios, aferrándose  
al último suspiro de los muertos,  
yo no soy más que el resultado, el fruto,  
lo que queda, podrido, entre los restos;  
esto que veis aquí,  
tan sólo esto:  
un escombros tenaz, que se resiste  
a su ruina, que lucha contra el viento,  
que avanza por caminos que no llevan  
a ningún sitio. El éxito  
de todos los fracasos. La enloquecida  
fuerza del desaliento...

### Estos poemas

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Estos poemas los desencadenaste tú,  
como se desencadena el viento,  
sin saber hacia dónde ni por qué.  
Son dones del azar o del destino,  
que a veces

la soledad arremolina o barre;  
nada más que palabras que se encuentran,  
que se atraen y se juntan  
irremediablemente,  
y hacen un ruido melodioso o triste,  
lo mismo que dos cuerpos que se aman.

## Entonces

*(Ángel González)*

Entonces,  
en los atardeceres de verano,  
el viento  
traía desde el campo hasta mi calle  
un inestable olor a establo

y a hierba susurrante como un río

que entraba con su canto y con su aroma  
en las riberas pálidas del sueño.

Ecos remotos,  
sones desprendidos  
de aquel rumor,  
hilos de una esperanza  
poco a poco deshecha,  
se apagan dulcemente en la distancia:

ya ayer va susurrante como un río

llevando lo soñado aguas abajo,  
hacia la blanca orilla del olvido

## Así nunca volvió a ser

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

*Como llevaba trenza  
la llamábamos trencita en la tarde del jueves.  
Jugábamos a montarnos en ella y nos llevaba  
a una extraña región de la que nunca volveríamos.*

Porque es casi imposible abandonar  
aquel olor a tierra de su cabello sucio,

sus ásperas rodillas todavía con polvo  
y con sangre de la última caída  
y, sobre todo,  
la nacarada nuca donde se demoraban  
unas gotas de luz cuando ya luz no había.

Allí me dejó un día de verano  
y jamás regresó  
a recoger mi insomne pensamiento  
que desde entonces vaga por sus brazos  
corrigiendo su ruta, terco y contradictorio,  
lo mismo que una hormiga que no sabe salir  
de la rama de un árbol en el que se ha perdido.

## Cumpleaños de amor

*(Ángel González)*

¿Cómo seré yo  
cuando no sea yo?  
Cuando el tiempo  
haya modificado mi estructura,  
y mi cuerpo sea otro,  
otra mi sangre,  
otros mis ojos y otros mis cabellos.  
Pensaré en ti, tal vez.  
Seguramente,  
mis sucesivos cuerpos  
—prolongándome, vivo, hacia la muerte—  
se pasarán de mano en mano,  
de corazón a corazón,  
de carne a carne,  
el elemento misterioso  
que determina mi tristeza  
cuando te vas,  
que me impulsa a buscarte ciegamente,  
que me lleva a tu lado  
sin remedio:  
lo que la gente llama amor, en suma.  
Y los ojos  
-qué importa que no sean estos ojos-  
te seguirán a donde vayas, fieles.

## Por aquí pasa un río

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Por aquí pasa un río.  
Por aquí tus pisadas  
fueron embelleciendo las arenas,  
aclarando las aguas,  
puliendo los guijarros, perdonando  
a las embelesadas  
azucenas...

*No vas tú por el río:  
es el río el que anda  
detrás de ti, buscando en ti  
el reflejo, mirándose en tu espalda.*

*Si vas de prisa, el río se apresura.  
Si vas despacio, el agua se remansa.*

Por aquí pasa un río.  
Por aquí tus pisadas  
fueron embelleciendo las arenas,  
aclarando las aguas,  
puliendo los guijarros, perdonando  
a las embelesadas  
azucenas...

## Muerte en el olvido

*(Ángel González)*

Yo sé que existo  
porque tú me imaginas.  
Soy alto porque tú me crees  
alto, y limpio porque tú me miras  
con buenos ojos,  
con mirada limpia.  
Tu pensamiento me hace  
inteligente, y en tu sencilla  
ternura, yo soy también sencillo  
y bondadoso.  
Pero si tú me olvidas  
quedaré muerto sin que nadie

lo sepa. Verán viva  
mi carne, pero será otro hombre  
—oscuro, torpe, malo— el que la habita...

## Me he quedado sin pulso y sin aliento

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Me he quedado sin pulso y sin aliento  
separado de ti. Cuando respiro,  
el aire se me vuelve en un suspiro  
y en polvo el corazón, de desaliento.

No es que sienta tu ausencia el sentimiento.  
Es que la siente el cuerpo. No te miro.  
No te puedo tocar por más que estiro  
los brazos como un ciego contra el viento.

Todo estaba detrás de tu figura.  
Ausente tú, detrás todo de nada,  
borroso yermo en el que desespero.

Ya no tiene paisaje mi amargura.  
Prendida de tu ausencia mi mirada,  
contra todo me doy, ciego me hiero

## Artritis metafísica

*(Ángel González)*

Siempre alguna mujer me llevó de la nariz  
(para no hacer mención de otros apéndices).

Anillado  
como un mono doméstico,  
salté de cama en cama.

¡Cuánta zalema alegre,  
qué equilibrios tan altos y difíciles,  
qué acrobacias tan ágiles,  
qué risa!

Aunque era un espectáculo hilarante,  
hubo quien se dolió de mis piruetas,  
lo cual no es nada extraño:

en semejante trance  
yo mismo  
me rompí el alma en más de una ocasión.

Es una pena que esos golpes  
que, entregados al júbilo del vuelo,  
entonces casi no sentimos,  
algunas tardes ahora,  
en el otoño,  
cuando amenaza lluvia  
y viene el frío,  
nos vuelvan a doler tanto en el alma;  
renovado dolor que no permite  
reconciliar el sueño interrumpido.

En esas condiciones no hay alivio posible:  
ni el bálsamo falaz de la nostalgia,  
ni el más firme consuelo del olvido.

## **Tango de madrugada**

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

El bandoneón recorre  
estremecidamente  
escotes y columnas vertebrales.  
Aprisionado por guitarras de amplio radio,  
por profundas y agónicas guitarras,  
el bandoneón estira  
su indolencia y su ronca  
sonoridad marina trasplantada.

Hay un instante frívolo  
cuando baila la gente.  
Hay un momento turbio  
en el que desfallezco.  
Hay un minuto roto  
en el que todo es llanto.

Por detrás del violín apunta la esperanza:  
una leve esperanza densamente imposible.  
Sé que no has de volver.

La mujer canta.  
Sé que no has  
de volver. La noche  
sigue. Sé  
que no has de volver.

La canción huye,  
borracha y sollozante,  
hacia la calle,  
donde el duro reflejo de unos vidrios helados  
la rechaza y la triza contra el suelo.

## Meriendo algunas tardes

*(Ángel González)*

Meriendo algunas tardes:  
no todas tienen pulpa comestible.

Si estoy junto a la mar  
muerdo primero los acantilados.  
Luego las nubes cárdenas y el cielo  
-escupo las gaviotas-,  
y para postre dejo las bañistas  
jugando a la pelota y despeinadas.

Si estoy en la ciudad  
meriendo tarde a secas:  
mastico lentamente los minutos  
-tras haberles quitado las espinas-  
y cuando se me acaban  
me voy rumiando sombras,  
rememorando el tiempo devorado  
con un acre sabor a nada en la garganta

## Donde pongo la vida pongo el fuego

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Donde pongo la vida pongo el fuego  
de mi pasión volcada y sin salida.  
Donde tengo el amor, toco la herida.  
Donde dejo la fe, me pongo en juego.

Pongo en juego mi vida, y pierdo, y luego  
vuelvo a empezar, sin vida, otra partida.  
Perdida la de ayer, la de hoy perdida,  
no me doy por vencido, y sigo, y juego

lo que me queda: un resto de esperanza.  
Al siempre va. Mantengo mi postura.

Si sale nunca, la esperanza es muerte.

Si sale amor, la primavera avanza.  
Pero nunca o amor, mi fe segura:  
jamás o llanto, pero mi fe fuerte

## Primera evocación

(*Ángel González*)

Recuerdo  
bien  
a mi madre.  
Tenía miedo del viento,  
era pequeña  
de estatura,  
la asustaban los truenos,  
y las guerras  
siempre estaba temiéndolas  
de lejos,  
desde antes  
de la última ruptura  
del Tratado suscrito  
por todos los ministros de asuntos exteriores.

Recuerdo  
que yo no comprendía.  
El viento se llevaba  
silbando  
las hojas de los árboles,  
y era como un alegre barrendero  
que dejaba las niñas  
despeinadas y enteras,  
con las piernas desnudas e inocentes.  
Por otra parte, el trueno  
tronaba demasiado, era imposible  
soportar sin horror esa estridencia,  
aunque jamás ocurría nada luego:  
la lluvia se encargaba de borrar  
el dibujo violento del relámpago  
y el arco iris ponía  
un bucólico fin a tanto estrépito.

Llegó también la guerra un mal verano.  
Llegó después la paz, tras un invierno  
todavía peor. Esa vez, sin embargo,  
no devolvió lo arrebatado el viento.  
Ni la lluvia  
pudo borrar las huellas de la sangre.

Perdido para siempre lo perdido,  
atrás quedó definitivamente  
muerto lo que fue muerto.

Por eso (y por más cosas)  
recuerdo muchas veces a mi madre:  
cuando el viento  
se adueña de las calles de la noche,  
y golpea las puertas, y huye, y deja  
un rastro de cristales y de ramas  
rotas, que al alba  
la ciudad muestra desolada y lívida;

cuando el rayo  
hiende el aire, y crepita,  
y cae en tierra,  
trazando surcos de carbón y fuego,  
erizando los lomos de los gatos  
y trastocando el norte de las brújulas;

y, sobre todo, cuando  
la guerra ha comenzado,  
lejos-nos dicen- y pequeña  
-no hay por qué preocuparse-, cubriendo  
de cadáveres mínimos distantes territorios,  
de crímenes lejanos, de huérfanos pequeños...

## Habanera

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

*"...ay que vente conmigo, chinita,  
adonde vivo yo."  
(Popular hispanoamericana)*

Se habla de la esperanza  
últimamente.

...en donde vivo yo

Alguien la vio pasar por los suburbios  
de Paris, allá hacia el año  
mil novecientos cuarenta  
y tantos. Poco después  
aparecieron huellas de su vuelo  
en Roma. También es cierto  
que desde las Antillas voló un día  
tan alta, que su sombra  
cubrió pueblos enteros,

acarició los montes y los ríos,  
cruzó sobre las olas,  
saltó a otros continentes,  
parecía...

...ay, que vente conmigo  
adonde vivo yo.

Años más tarde,  
un profesor ilustre  
dedujo de unas plumas mancilladas,  
halladas entre sangre  
cerca de un arrozal, en el Sudeste  
asiático, que ahí  
estaba  
ella:  
en el sitio y la hora de la ira.

...en donde vivo yo

No en el lugar del pacto, no  
en el de la renuncia,  
jamás en el dominio  
de la conformidad,  
donde la vida se doblega, nunca.

...en donde muero yo.

## **Canción de invierno y de verano**

**(Ángel González)**

Cuando es invierno en el mar del Norte  
es verano en Valparaíso.  
Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en el  
puerto de Bremen con jirones de niebla y de hielo  
en sus cabos,  
mientras los balandros soleados arrastran por la superficie del Pacífico Sur  
bellas bañistas.

Eso sucede en el mismo tiempo,  
pero jamás en el mismo día.

Porque cuando es de día en el mar del Norte  
—brumas y sombras absorbiendo restos  
de sucia luz—  
es de noche en Valparaíso  
-rutilantes estrellas lanzando agudos dardos  
a las olas dormidas.

Cómo dudar que nos quisimos,  
que me seguía tu pensamiento  
y mi voz te buscaba -detrás,  
muy cerca, iba mi boca.  
Nos quisimos, es cierto, y yo sé cuánto:  
primaveras, veranos, soles, lunas.

Pero jamás en el mismo día.

## **En este instante breve y duro instante**

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

En este instante, breve y duro instante,  
¡cuántas bocas de amor están unidas,  
cuántas vidas se cuelgan de otras vidas  
exhaustas en su entrega palpitante!

Fugaz como el destello de un diamante,  
¡qué de manos absurdamente asidas  
quieren cerrar las más leves salidas  
a su huida perpetua e incesante!

Lentos, aquí y allá, y adormecidos,  
¡tantos labios elevan espirales  
de besos!... Sí, en este instante, ahora

que ya pasó, que ya lo hube perdido,  
del cual conservo sólo los cristales  
rotos, primera ruina de la aurora

## **A veces un cuerpo puede modificar un nombre**

*(Ángel González)*

A veces, las palabras se posan sobre las cosas como una  
mariposa sobre una flor, y las recubren de colores nuevos.

Sin embargo, cuando pienso tu nombre, eres tú quien le da  
a la palabra color, aroma, vida.

¿Qué sería tu nombre sin ti?

Igual que la palabra rosa sin la rosa:  
un ruido incomprensible, torpe, hueco

## Son las gaviotas amor

(**Ángel González - Pedro Guerra**)

*Son las gaviotas, amor.  
Las lentas, altas gaviotas.*

Mar de invierno. El agua gris  
mancha de frío las rocas.  
Tus piernas, tus dulces piernas,  
enternecen a las olas.  
Un cielo sucio se vuelca  
sobre el mar. El viento borra  
el perfil de las colinas  
de arena. Las tediosas  
charcas de sal y de frío  
copian tu luz y tu sombra.  
Algo gritan, en lo alto,  
que tú no escuchas, absorta.

*Son las gaviotas, amor.  
Las lentas, altas gaviotas.*

Mar de invierno. El agua gris  
mancha de frío las rocas.  
Tus piernas, tus dulces piernas,  
enternecen a las olas.  
Un cielo sucio se vuelca  
sobre el mar. El viento borra  
el perfil de las colinas  
de arena. Las tediosas  
charcas de sal y de frío  
copian tu luz y tu sombra.  
Algo gritan, en lo alto,  
que tú no escuchas, absorta.

*Son las gaviotas, amor.  
Las lentas, altas gaviotas*

## Esperanza

(**Ángel González**)

Esperanza,  
araña negra del atardecer.  
Te paras  
no lejos de mi cuerpo  
abandonado, andas  
en torno a mí,  
tejiendo, rápida,  
inconsistentes hilos invisibles,  
te acercas, obstinada,  
y me acaricias casi con tu sombra  
pesada  
y leve a un tiempo.

Agazapada  
bajo las piedras y las horas,  
esperaste, paciente, la llegada  
de esta tarde  
en la que nada  
es ya posible...  
Mi corazón:  
tu nido.  
Muerde en él, esperanza.

## **Mientras existas**

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Mientras tú existas,  
mientras mi mirada  
te busque más allá de las colinas,  
mientras nada  
me llene el corazón,  
si no es tu imagen, y haya  
una remota posibilidad de que estés viva  
en algún sitio, iluminada  
por una luz —cualquiera...

Mientras  
yo presienta que eres y te llamas  
así, con ese nombre tuyo  
tan pequeño,  
seguiré como ahora, amada  
mía,  
transido de distancia,  
bajo este amor que crece y no se muere,  
bajo este amor que sigue y nunca acaba.

## Oda a la noche

*(Ángel González)*

Noche estrellada en aceptable uso,  
con pálidos reflejos y opacidad lustrosa,  
vieja chistera inútil en los tiempos que corren  
como escuálidos galgos sobre el mundo,  
definitivamente eres un lujo  
que ha pasado de moda.

Tras la fría superficie de las calles de luna,  
el alcanfor del sueño conserva en el armario  
de la ciudad oscura a los que duermen  
y no te verán nunca.

Yo, sin embargo, te llevo en la cabeza,  
vieja noche de copa,  
y cuando vuelvo a casa sorteando  
imprevisibles gatos y farolas,  
te levanto en un gesto final ceremonioso  
dedicado a tus brillos y a mi sombra,  
y te dejo colgada allá en lo alto  
—¡hasta mañana, noche!—,  
negra, deshabitada, misteriosa

## Vals del atardecer

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Los pianos golpean con sus colas  
enjambres de violines y de violas.  
Es el vals de las solas  
y solteras,  
el vals de las muchachas casaderas,  
que arrebatada por rachas  
su corazón raído de muchachas.

A dónde llevará esa leve brisa,  
a qué jardín con luna esa sumisa  
corriente  
que gira de repente  
desatando en sus vueltas  
doradas cabelleras, ahora sueltas,  
borrosas, imprecisas  
en el río de música y metralla

que es un vals cuando estalla  
sus trompetas.

Todavía inquietas,  
vuelan las flautas hacia el cordelaje  
de las arpas ancladas en la orilla  
donde los violoncelos se han dormido.  
Los oboes apagan el paisaje.  
Las muchachas se apean en sus sillas,  
se arreglan el vestido  
con manos presurosas y sencillas,  
y van a los lavabos, como después de un viaje.

## Dato biográfico

*(Ángel González)*

Cuando estoy en Madrid,  
las cucarachas de mi casa protestan porque leo por las noches.  
La luz no las anima a salir de sus escondrijos,  
y pierden de ese modo la oportunidad de pasearse por  
mi dormitorio,  
lugar hacia el que

—por oscuras razones—  
se sienten irresistiblemente atraídas.  
Ahora hablan de presentar un escrito de queja  
al presidente de la república,  
y yo me pregunto:  
¿en qué país se creerán que viven?;  
estas cucarachas no leen los periódicos.

Lo que a ellas les gusta es que yo me emborrache  
y baile tangos hasta la madrugada,  
para así practicar sin riesgo alguno  
su merodeo incesante y sin sentido, a ciegas  
por las anchas baldosas de mi alcoba.

A veces las complazco,  
no porque tenga en cuenta sus deseos,  
sino porque me siento irresistiblemente atraído,  
por oscuras razones,  
hacia ciertos lugares muy mal iluminados  
en los que me demoro sin plan preconcebido  
hasta que el sol naciente anuncia un nuevo día.

Ya de regreso en casa,  
cuando me cruzo por el pasillo con sus pequeños  
cuerpos que se evaden

con torpeza y con miedo  
hacia las grietas sombrías donde moran,

les deseo buenas noches a destiempo  
—pero de corazón, sinceramente—,  
reconociendo en mí su incertidumbre,  
su inoportunidad,  
su ftofobia,  
y otras muchas tendencias y actitudes  
que-lamento decirlo-  
hablan poco en favor de esos ortópteros.

## **Me basta así**

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Si yo fuese Dios  
y tuviese el secreto,  
haría  
un ser exacto a ti;  
lo probaría  
(a la manera de los panaderos  
cuando prueban el pan, es decir:  
con la boca),  
y si ese sabor fuese  
igual al tuyo, o sea  
tu mismo olor, y tu manera  
de sonreír,  
y de guardar silencio,  
y de estrechar mi mano estrictamente,  
y de besarnos sin hacernos daño  
-de esto sí estoy seguro: pongo  
tanta atención cuando te beso-;  
entonces,

si yo fuese Dios,  
podría repetirte y repetirte,  
siempre la misma y siempre diferente,  
sin cansarme jamás del juego idéntico,  
sin desdeñar tampoco la que fuiste  
por la que ibas a ser dentro de nada;  
ya no sé si me explico, pero quiero  
aclarar que si yo fuese  
Dios, haría  
lo posible por ser Ángel González  
para quererte tal como te quiero,  
para aguardar con calma  
a que te crees tú misma cada día,  
a que sorprendas todas las mañanas

la luz recién nacida con tu propia  
luz, y corras  
la cortina impalpable que separa  
el sueño de la vida,  
resucitándome con tu palabra,  
Lázaro alegre,  
yo,  
mojado todavía  
de sombras y pereza,  
sorpresa y absorto  
en la contemplación de todo aquello  
que, en unión de mí mismo,  
recuperas y salvas, mueves, dejas  
abandonado cuando-luego-callas...  
(Escucho tu silencio.  
Oigo  
constelaciones: existes.  
Creo en ti.  
Eres.  
Me basta.)

Si yo fuese Dios  
y tuviese el secreto...

## **Ayer**

*(Ángel González)*

Ayer fue miércoles toda la mañana.  
Por la tarde cambió:  
se puso casi lunes,  
la tristeza invadió los corazones  
y hubo un claro  
movimiento de pánico hacia los  
tranvías  
que llevan los bañistas hasta el río.

A eso de las siete cruzó el cielo  
una lenta avioneta, y ni los niños  
la miraron.  
Se desató  
el frío,  
alguien salió a la calle con sombrero,  
ayer, y todo el día  
fue igual,  
ya veis  
qué divertido,  
ayer y siempre ayer y así hasta ahora,  
continuamente andando por las calles

gente desconocida,  
o bien dentro de casa merendando  
pan y café con leche, ¡qué  
alegría!

La noche vino pronto y se encendieron  
amarillos cálidos faroles,  
y nadie pudo  
impedir que al final amaneciese  
el día de hoy,  
tan parecido  
pero  
¡tan diferente en luces y aroma!

Por eso mismo,  
porque es como os digo  
dejadme que os hable  
de ayer, una vez más  
de ayer: el día  
incomparable que ya nadie nunca  
volverá a ver jamás sobre la tierra.

## **A veces, en octubre, es lo que pasa**

*(Ángel González - Pedro Guerra)*

Cuando nada sucede,  
y el verano se ha ido,  
y las hojas comienzan a caer de los árboles,  
y el frío oxida el borde de los ríos  
y hace más lento el curso de las aguas;

cuando el cielo parece un mar violento,  
y los pájaros cambian de paisaje,  
y las palabras se oyen cada vez más lejanas,  
como susurros que dispersa el viento;

entonces,  
ya se sabe,  
es lo que pasa:

esas hojas, los pájaros, las nubes,  
las palabras dispersas y los ríos,  
nos llenan de inquietud súbitamente  
y de desesperanza.

No busquéis el motivo en vuestros corazones.  
Tan sólo es lo que dije:  
lo que pasa.

